

ROJO y AZUL

Tiene más o menos el color que me esperaba.

Viernes noche, nueve de la tarde, y «el lugar más hermoso de la ciudad» está abarrotado. Ya me lo habían descrito en abundancia antes de ir; y aun desde donde estoy sentado puedo oír las exclamaciones y alabanzas de la gente que está entrando: Qué precioso rojo, qué brillante y lustroso, qué atractivo y emocionante. La gente en la cola se asoma por los lados para captar un atisbo más allá de la puerta; por cómo se agrandan sus ojos y sus sonrisas, debe de ser un color realmente espectacular.

Pero tampoco es que yo pueda opinar nada del tema.

Yo lo veo azul.

* * *

Siempre ha sido todo azul.

Las titas, los cuadernos, las mesas. Pero no había forma de saberlo; no es algo que se enseñe, el azul. Los únicos colores de los que se habla nunca son el bermellón, el escarlata, el frambuesa, rubí y carmesí, y ni siquiera esos se enseñan, solo... se saben. En el colegio hablaban de miles de cosas, teóricas, prácticas, del presente, pasado y futuro; palabras con su propia tonalidad, intrigantes y brillantes por su cuenta, algunas más, otras menos. Pero era irremediable que cada una de ellas estuviese sumergida en un mar de esos colores: de luces bermejas,

pasillos escarlatas, sillas frambuesas, ojos rubíes, charla carmesí...

Y supongo que el hecho de que no fuese capaz de verlos igual que todo el mundo debería haber sido una pista. Pero cuando otras personas se quejaron de un resplandor que no ves, asumes que es porque no estás en el sitio adecuado para verlo. Que podrías verlo, si te levantases y te fijases bien. No se te ocurriría que, por más que aguzaras la vista, nunca llegarás a verlo.

Porque solo verás azul.

Todo azul.

Los mensajes, las risas, las miradas. Si se me ocurrió, una vez esos colores impregnaron todas las conversaciones, que algo debía de estar entendiendo mal. Cuando algo que pensaba que era de un color resultaba ser de otro; cuando el matiz cambiaba ligeramente, y todos eran capaces de detectarlo salvo yo; cuando se reían de un tono al compararlo con otro, y por más que los miraba me parecían los dos el mismo. Cualquier cosa se espera de un niño pequeño, pero a partir de cierta edad los fallos penalizan, y me empezó a dar la sensación de que en este videojuego no había vidas ilimitadas. Así que dejé de decir lo que veía, que ni siquiera sabía lo que era, y comencé a decir lo que, a base de interpretar e identificar patrones, suponía que el resto de gente estaba viendo. Era una tarea realmente agotadora, pero esperaba que fuese temporal; que, tal y como me habían estado siempre diciendo, fuese una cuestión de madurar, de espabilar y ponerle esfuerzo. De aguantar así unos años, y me acostumbraría y se irían todos esos problemas.

Se iría el azul.

Todo azul.

Los juegos, los libros, las series. A pesar de todo lo que le acompañaba, no se puede decir que no me guste el azul. Hay tonos de azul tan bellos que te llenan de alegría y te dan el deseo irreprimible de compartirlos con alguien más; colores tan profundos e hipnóticos que embargan tus sentidos y tienen tu vista hasta que no puedes ver otra cosa. Ni siquiera aquellos matices que había trabajado tanto para identificar, que podrían haberme avisado de que esos colores que yo mostraba solo podían verlos de otra manera, igual de planos, lívidos y ordinarios que otros con los que me confundían a diario. ¿Qué podría haber encontrado yo en ese terracota desvaído, coral gastado y edmagre sucio, que un burdeos profundo, amaranto aterciopelado o escarlata deslumbrante no pudiese superar con creces? Esos adjetivos se quedaban flotando en mi mente, inconexos y carentes de sentido, piezas de un puzzle que no lograba encajar en ningún lado, porque ninguna se correspondía con lo que estaba viendo.

Con el azul.

Todo azul.

Las redes, los vídeos, las pantallas. Fueron las primeras en sugerir, años y años después, que tal vez las piezas no encajaban porque mi puzzle era diferente. Lo decían personas normales, dedicándose a su vida normal, con sus cosas normales. Pero de alguna forma, parecía que no solo hablaban de su vida, sino también de la mía: resplandores que sí veía, piezas que sí encajaban, y cada vez que pasaba, estaba esa palabra, «azul». Me hacían sentir como una tortuga que prueba a nadar por primera vez, y descubre que esas patitas tan cortas y ese caparazón tan pesado sí tenían, al final, una razón de ser. O como un pájaro que no es capaz de extender sus alas, demasiado acomodado al calor del nido, y se consuela

mirando a las hebras. Porque ¿cómo de un árbol de vinoso tronco y bermejas hojas, en un páramo colorado bajo el sol del atardecer, va a colgar una manzana azul? No tiene sentido. Esa nueva palabra, ese « azul », no tenía lugar alguno en mi páramo colorado; y sin embargo, echó raíces allí, abriendo sus cerúleas flores llenas de conflicto y esperanza, de que a lo mejor ese pájaro no dejaba sus alas cerradas solo por pereza o inexperiencia.

A lo mejor es que era azul.

Todo azul.

La ropa, las palabras, los gestos. Y tal y como en las anécdotas que contaban esas pantallas, el azul no hizo más que crecer y crecer, engullendo con sus ramas cada vez más partes de mi vida, llegando a tal altura que esconderlo empezó a requerir una absurda cantidad de energía, la cual no tenía ni en mis mejores días. El resto del mundo prosperaba en su rojo, un juego ardiente, mientras yo me hundía en mi océano. Fue cuando la experiencia no curó la inexperiencia, y cuando el esfuerzo no curó la pereza, que realmente me volví a aquellas flores azules, terribles y preciosas en mitad de su páramo colorado, y pensé en sacarlas de la red donde las había metido. Era la única solución que se me ocurría para dejar de hundirme, aquello que proponían las personas hablando de su vida y de la mía: Nadar hasta la superficie y altarlas en el aire, que sus pétalos rozasen el sol y todo el mundo pudiese verlas. Pero ¿ver el qué? Nada, absolutamente nada. Y cada vez que me imaginaba tratando de explicar qué era lo que estaba intentando mostrar, se me encogía el estómago y se desvanecía mi voz. ¿Cómo describir el azul? No lo sé.

Es solo azul.

Azul.

Azul.

Azul.

* * *

Así que aquí estoy, sentado en el borde de la acera, observando cómo una muchedumbre de gente entra y sale y exclama y se divierte en ese lugar de «tan precioso rojo». Puedo verlo desde donde estoy; un color estridente y agresivo que me hace daño en los ojos y se cuela por debajo de mis auriculares, dándome dolor de cabeza.

Probablemente debería estar dentro, con el resto de gente. Con esa intención había venido, al menos. Pensaba que tendría la suficiente energía para lidiar con ello, pero había subestimado mucho el exagerado brillo de este lugar, hasta el punto de, en fin, acabar tirado en la acera de enfrente. Siempre me pasa lo mismo; a cada lugar que voy en el que todo el mundo disfruta de los colores, esperando quitarme por la fuerza el instinto de quedarme siempre en casa, termino en una situación parecida a esta. Debo de estar acercándome a algún record mundial.

No sé si seguir esperando o si irme a casa; las dos opciones tienen sus ventajas y sus consecuencias. Echo un vistazo alrededor, me muerdo el labio, compruebo mi reloj por quinta vez, y finalmente pienso: Qué narices. Esta noche entera va a tener sus consecuencias. Qué importan unas pocas más, si significan que puedo pasarme el resto de la noche tranquilo en mi casa.

Estoy a punto de levantarme, cuando una chica se sienta al lado mío con un suspiro. Lleva una expresión tan cansada y resignada, contrastando con toda la energía y vivacidad a nuestro alrededor, que no puedo evitar quedarme mirándola, sorprendido. No parece haberme visto, y cuando alza la mirada y se encuentra con mi cara de pasmado, por poco pega un brinco.

— ¡Ah, perdona! ¿Se iba a sentar aquí alguien?

— No, no, lo siento, si yo ya me iba.

— No, no hace falta, me puedo ir yo a otro lugar. ¿Estás esperando a alguien?

Parece la misma pregunta de antes, e iba a repetir que no, pero esta vez la chica apunta a la puerta del lugar, y un pequeño nudo se retuerce en mi estómago. ¿Estoy esperando a alguien?

— No. O sea, sí que... Están... — Zorandeo mi mano hacia la puerta, como si eso pudiese completar la frase de alguna manera—. Pero yo ya me iba.

— Ah. — La chica se queda pensativa, probablemente intentando sacarle algún sentido a lo que acabo de decir. Siento que se me calientan las mejillas. Apoyo una mano en el suelo para levantarme; la chica se queda ahí, encogida sobre sí misma y con la cara entre las manos. Algo dentro de mí se siente identificado con ella.

— ¿Estás bien?

— Sí, solo... un poco agobiada. No estoy acostumbrada a tanto...

— Hace un gesto extraño, abriendo y cerrando la mano, y su parecido con el mío me hace sonreír.

— Tengo... Eh... — Rebusco en mi bolsillo y saco unas viejas gafas de sol. Me avergüenzo un poco cuando se me queda mirando, pero se las ofrezco igualmente—. Por si te sirven, para el brillo. Puedes quedártelas, tengo muchas.

— Sí... Vale, gracias. — Las toma de mi mano y se las pone, y me parece que sus hombros se relajan un poco. — ¿No quieres entrar?

— ¿Perdona?

— Al sitio. Dices que es impresionante.

— Ya. Es que yo... — Me quedo en blanco. Lo primero que se me viene son las excusas de siempre, fáciles y prefabricadas, listas para ser disparadas en cualquier momento; pero esta noche todos los colores estruendosos, insistentes e irritantes a mi alrededor me están embotando el cerebro, y me empujatan a dar ganas de simplemente soltar la verdad. Pero ¿qué verdad? ¿Lo que realmente veo? ¿Acaso sé que eso es la verdad? ¿O podría acostumbrarme al brillo y el barullo si realmente lo intentara, pero he preferido quedarme sentado en el borde de una acera?

Estoy a punto de soltar la primera mentira que se me ocurra, cuando un ruido procedente del lugar me distrae y hace que gire la cabeza. Una puerta secundaria se abre de golpe, escupiendo a un grupo de gente y una oleada de un color tan intenso, punzante y sobrecogedor que mi vista se tñe de un azul oscuro y opaco. Y no puedo evitar decirlo.

— No me gusta. Lo veo azul.

Antes de terminar de decirlo ya me he arrepentido. Me levanto, dispresto a irme antes de que ella pueda reírse, o burlarse, o preguntar qué es eso; antes de dar un paso, unas risas muy cercanas me sobresaltan. El trío de amigos que acaba de salir del lugar se dirige directo hacia nosotros.

— ... que son literalmente el mismo — estaba diciendo una de ellos, una chica en una curiosa sudadera fosforita, mientras el chico a su lado seguía doblándose a carcajadas.

— O sea, el hecho de que tenga que venir yo a distinguir...

— ¡Pero qué es el bermellón, si no? ¡Escarlata! ¡Pues eso!

— ¡Son... ligeramente diferentes! Tampoco es que te lo pueda describir.

— Es que con «ligeramente diferentes» me quedo con la misma cara.

— No, si ya... — La mirada del chico finalmente cae en la chica todavía sentada en la acera, y su sonrisa se agranda todavía más—. Ya era hora, ¿eh? No te preocupes, ninguno de estos dos ha durado mucho más. Mira, estábamos en la puerta, y...

Su cháchara se va apagando al tiempo que los dos amigos que le acompañan fruncen el ceño hacia mí, que sigo ahí de pie, paralizado tras oír su conversación, y probablemente con la mayor cara de payaso del mundo.

— Eh... Hola. ¿Nos... conocemos...? — El chico le echa una mirada significativa a la chica sentada en la acera, y a sus nuevas gafas de sol, como esperando a que les presente.

— ¡No! No — exclamo, con las orejas ardiendo. Mejor tragarme mi curiosidad sobre lo que estuviesen hablando antes de meterme en una situación incómoda—. Yo ya me iba.

— ¿Te ibas? ¿Por qué?

— Es que ve azul — dice tranquilamente la chica sentada en la acera, como quien dice que tiene algo de frío.

No me da tiempo a desear que me trague una alcantarilla antes de que el chico se vuelva hacia mí con una sonrisa radiante.

— ¡No me digas! Como Carlos. ¡Eh, Carlos, tu hermano perdido!

El susodicho Carlos, el tercero del grupo, se asoma por detrás de la chica de la sudadera fosforita con cara de confusión.

Exactamente la misma que le devuelvo yo.

— Espera, ¿qué? ¿Nosotros también...? — Mi mano se acerca instintivamente a mis ojos, mientras busco una manera de decirlo que no...

— ¿Vemos raro? — sonríe el primer chico, adivinando sin problemas lo que yo estaba intentando no decir. — Sep. Yo azul no, personalmente, sospecho que ronda más el amarillo. Marín, por cierto, un placer. Esta Lisa, que ve verde — Señala a la chica sentada en la acera —, está Carlitos el Azulejo — Rodea con un brazo a Carlos, quien alza las cejas por toda respuesta — y está también mi amiga Amanda, que sí ve rojo, pero de forma tan disfuncional que sé yo distinguir tonos de rojo mejor que ella, así que se lo perdonamos.

— Podrás observar quién se cree el gracioso del grupo — me dice Amanda, fingiendo susurrar, pero lo suficientemente alto para que Marín lo oiga y ponga cara de indignación.

— Estábamos haciendo una apuesta sobre ese sitio — dice Carlos, apuntando hacia atrás —. No nos creíamos que fuese a ser tan exagerado.

— Nadie confía en mí — se lamenta Marín, negando con la cabeza —, y ahora me deben todos diez pavos.

— Pero ya nos íbamos. — Lisa finalmente se levanta de la acera. Nuestras miradas se cruzan durante un largo momento; ella sonríe, se quita las gafas de sol y me las ofrece de vuelta. — ¿Te vienes?

Mi mente tarda un rato en procesar la conversación surrealista que acabo de presenciar. Cuatro personas hablando de azul, verde y amarillo como si fuese lo más normal del mundo, como si no fuese la primera vez que oigo esas palabras en la vida real... o, la primera vez que oigo esas palabras, y punto. ¿Verde? ¿Amarillo? Además en mitad de, de... bueno, de aquí, tan fuera de lugar que casi me hace gracia, como... como flores de colores en un monótono páramo rojo. Ah, qué metáfora más extraña se me ha venido de repente.

Y aparte quieren que me vaya con ellos. ¿Irme adónde?

— ¿Adónde vamos?

— A un sitio que hay a un par de calles, al lado del parque.

— Amanda apunta su pulgar calle abajo —. Es uno que a Carlos le gusta bastante, de hecho.

— Es aguamarina — me sonríe Carlos, enseñándome una foto en su móvil. Es un color suave y agradable, e inmediatamente se me viene a la mente el nombre del tono de rojo al que corresponde; uno, según dicen, bastante feo y chillón, y me habría sorprendido que cualquier otra persona dijese que le gustaba.

Pero este chico está viendo lo mismo que yo.

Y ese hecho despierta una sensación burbujeante en mi pecho que no había sentido nunca.

— Sí, sí, me apunto — digo, y por primera vez siento que es verdad. Que realmente prefiero irme con ellos antes que darme la vuelta y volver a mi casa.

— Yo lo veo más morfil que otra cosa — comenta Marín, asomándose por encima del hombro de Carlos.

— Definitivamente jade — rebate Lisa.

— ¿Y bien? ¿Opinión roja mayoritaria? — Marín le ofrece su puño como micrófono imaginario a Amanda, quien pone los ojos en blanco.

— Mira, ni idea. Mientras haya donde sentarse, me vale.